

## LOS VENCIDOS

Son cien, son mil, son millones, hordas infinitas. Un sordo rugido de trueno lejano rueda sobre sus filas apretadas.

Bajo el rudo viento del norte avanzaban con su paso desigual y lento. Llevan vestido de blusa, desnuda la cabeza y la mirada febril.

Me buscan... ¡han llegado todos! Como un mar que mueve formas grises y rostros demacrados, me rodea la multitud.

Me roza, me oculta, me aprisiona. Oigo roncas respiraciones, largos lloros resonar en las tinieblas, blasfemias y suspiros:

"Venimos de casas sin fuego, de lechos sin paz, donde el cuerpo, domado poco a poco, se doblega, cede y permanece tendido.

"Venimos de callejones cerrados y de guaridas; venimos de madrigueras ocultas, y arrojamos sobre la tierra una sombra amenazante de duelos y de peligros.

"Encontramos un ideal de fe; nos ha engañado. Encontramos el amor que espera y cree; nos ha traicionado.

"Buscamos el trabajo que rege-

nera y fortalece; nos ha repelido. ¿Dónde está, pues, la fuerza?...

¡Piedad!... ¡Somos los vencidos!

"... ¡Sobre nuestras cabezas, alrededor de nosotros, sobre el sol ardiente, en la gran luz de oro, brilla y vuela el amplio cantar de fiesta del beso y del trabajo!

"Serpiente de hierro, pasa y ruge el tren de vapor; bajo la bóveda de la montaña proclama la industria con su trompeta guerrera y junta los brazos y los espíritus.

"Mil bocas se buscan deseosas, se buscan amorosamente; mil vidas generosas se lanzan en la hornaza encendida.

"¡Y nosotros somos inútiles!... ¿Quién nos ha echado sobre la tierra, esa mala madre?... ¿Quién nos ha rehusado el suspiro del corazón? ¿Quién nos oprime y nos humilla?

"¿Qué odio pesa sobre nosotros?... ¿Qué mano desconocida nos rechaza? ¿Por qué el destino ciego nos grita: En vano...? ¡Piedad! ¡Somos los vencidos!"

ADA NEGRI.

## LA NOCHE

Es de noche y nos hallamos en el interior de la casa.

La casa... el refugio contra todo lo que espanta: la sombra, la noche, el miedo, lo desconocido.

Nada hostil podría cruzar sus umbrales... Llamea el fuego en el hogar y gira suavemente en el asador un ganso de dorada carne que embalsama la habitación con olor delicioso.

¡Alegría de comer, dicha incomparable, entusiasmo religioso, estremecimiento de júbilo!

Embótase el cuerpo con el calor suave, con las fatigas del día y el ruido de las voces familiares. La digestión sumerge en una especie de éxtasis en que, la sombra, las caras, la pantalla del quinqué, las lenguas de llamas que bailan en la negra chimenea, toman aspecto regocijado y mágico.

Cristóbal apoya la cabeza en el brazo para gozar mejor de semejante felicidad.

Ya está en su cama, tibio, abrumado de cansancio y sin saber cómo ha ido a ella. En su cerebro se mezclan las voces que suenan en la habitación y las imágenes del día.

Su padre toma el violín y vibran en la calma de la noche so-

nidos dulces y agudos, que parecen lamentos.

Pero la suprema dicha de Cristóbal es cuando se acerca su madre, coge la mano del niño casi adormecido e, inclinada sobre él, a petición suya, canta a media voz una antigua canción cuya letra nada significa.

El padre halla estúpida aquella música, pero Cristóbal no se cansa de oírla. Contiene el aliento y siente ganas de reír y llorar. Su corazón está trastornado. No sabe dónde se encuentra, desbórdase su ternura, enlaza con sus brazos el cuello de su madre y lo estrecha con todas sus fuerzas.

Ella le dice riendo:

—¿Quieres ahogarme?

Él la estrecha con más fuerza. ¡Cuánto la quiere! ¡Cuánto quiere a todos, personas y cosas!

Todo es bueno y hermoso.

En esto se queda dormido. El grillo canta en el hogar. En la penumbra feliz del sueño, flotan los relatos del abuelo y las figuras heroicas...

¡Quién pudiera ser un héroe como ellos! ¡Sí, lo será... lo es!

¡Oh, qué hermoso es vivir!

ROMAIN ROLLAND.

<http://letrayartes.blogspot.mx/p/cine-y-literatura.html> (Fragmento).



## ARA PACIS

Mientras desde el abismo de los odios, *de profundis clamans*, elevaré hacia ti mi voz, paz divina.

Los clamores de los ejércitos no ahogarán mi canto. En vano veo encrespase el mar ensangrentado, que arrastra el bello cuerpo de Europa mutilada, oigo el viento enloquecedor que levanta las almas.

Aun cuando quede solo, te seré fiel. No tomaré parte en la comunión sacrilega de la sangre. No comeré mi parte del Hijo del Hombre.

Soy hermano de todos y os amo a todos, hombres, que vivís una hora; que robáis esta hora.

¡Que de mi corazón surja, sobre la colina, por encima de los laureles de la gloria y de las encinas, el olivo al Sol, en que cantan las cigarras!

Paz augusta que tienes, bajo tu cetro soberano, las agitaciones del mundo, y de las horas iracundas, haces el ritmo de los mares.

Catedral que reposas, sobre el justo equilibrio de las fuerzas enemigas; rosetón deslumbrante, en que la sangre del Sol fúlgida brota en polícromas gavillas, ligadas por el ojo armonioso del artista.

Como un gran pájaro que en el

cenit se cierne, y bajo sus alas incuba la llanura, tu vuelo abarca, más allá de lo que es, lo que fue y lo que será.

Eres hermana de la alegría y hermana del dolor, la hermana menor y más sabia; tú los conduces de la mano, como dos ríos que junta un diáfano canal en que el cielo se refleja, entre la doble hilera de los blancos álamos.

Eres la divina mensajera, que va y viene, como la golondrina, de una playa a otra, uniéndolas, diciendo a unos: "No lloréis más, la alegría vuelve" y a otros: "No seáis tan vanos, la dicha se va como viene."

Tus hermosos brazos maternales estrechan tiernamente a tus hijos enemigos, y tú sonríes, mirándolos morder tu seno turgente.

Tú juntas las manos y los corazones, que se esquivan buscándose, y el yugo pones a los toros dóciles, para que en vez de gastar en combates el furor que hace sus flancos humear, dibujen en el vientre de las praderas la línea larga del profundo surco, en que vibra la simiente.

Eres la fiel compañera que acoge, al regreso, a los luchadores fatigados. Vencedores o vencidos, son iguales en tu amor; porque el



premio del combate no es un jirón de tierra, que un día nutrirán los despojos del vencedor, mezclados a los de su adversario; el premio consiste en no doblegarse bajo la mano del destino, siendo necesariamente su instrumento.

Oh mi Paz, que sonríes, con los mansos ojos húmedos de llanto, arcoiris de estío, tarde soleada, que con tus dedos áureos acaricias los sembrados llovidos, coleccionas los frutos caídos, y restañas las heridas de los árboles que azotan el viento y el granizo.

¡Extiende sobre nosotros tu bálsamo y mece nuestras penas! Ellas pasarán, como nosotros. Tú sola eres eterna.

¡Unámonos, hermanos, y vosotras también, fuerzas mías, que os agitáis inquietas en mi corazón desgarrado! ¡Entrelazad los dedos y marchad danzando!

Marchamos sin fiebre y sin prisa, porque no vamos a la caza del tiempo. El tiempo es nuestro. Con briznas de mimbre de los siglos, mi paz teje su nido.

•

El grillo canta en la campiña. Viene el huracán, y la lluvia a torrentes ahoga los surcos y el canto. Mas apenas la tormenta se aleja, el pequeño músico terco vuelve a comenzar.

Así, cuando se oye, en el Oriente humeante todavía, sobre la tierra abrumada, alejarse el galope furioso de los Cuatro Jinetes, vuelvo a levantar mi cabeza y continúo mi canto obstinado y humilde.

ROMAIN ROLLAND.

<https://rickrozoff.wordpress.com/2011/08/18/romain-rolland-ara-pacis-and-ave-caesar-morituri-te-salutant/> (en inglés).

*La Venus de Milo*. Paul de Saint-Victor ..... 159

<https://ia801408.us.archive.org/9/items/lecturasparamuje00mistuoft/lecturasparamuje00mistuoft.pdf> (pp. 243-245).

*Las canciones populares*. Romain Rolland ..... 161

<https://ia801408.us.archive.org/9/items/lecturasparamuje00mistuoft/lecturasparamuje00mistuoft.pdf> (pp. 238-241).

## ROBO —y dulce

**P**ÉNDULO de dubitación, no; resolución, sí, río; he aceptado la proposición de robo hecha por unos amigos, los más pobres, en el momento de noche de mayo relunada, al filo de mi callejón con mi huerto. La hora se ha presentado demasiado bella a la tentación y al deseo de frutos delatados, para dudar...

### Pausa

Sin creaciones a la mano blancas de caminos, aunque todo el prado está regado de ellos; autores nuestros pies, en la función del paso, de uno por el polvo, de la luna en la hierba, vamos hacia la acción por hacer de nuestra mano, en disposición de hurto; con su cabello breve iluminado, la grama es lecho donde gusanos a centenas reanudan el amor de sus dos luces.

¡Van a incendiar la grama! las luciérnagas.

## Pausa

Nuestra opinión y la del dueño de los aguacates, coinciden en la tapia: división de opiniones. Al canto de su altura facultada de dientes de cristal, se confederan los amarillos, si de nuestra codicia, de un resol con divisa lumbre y cana.

## Pausa

Con la joroba de querer que no lo vean, uno de nosotros —que no soy yo ni otros precisamente—, ha dado la vuelta al cercado, analizando sombras protectoras, mecenas de puntas de escopeta; y por el lugar posible, se ha hecho dueño de la opinión del otro, naufragando gustoso en medio del almíbar de sus bienes. Los otros hemos sabido el naufragio por un rumor de espuma vegetal, de la que se ha evadido el ruyseñor cantado a lo coral que buscaba mi oído.

## Pausa



Pendientes de la ausencia en peligro del náufrago a su gusto, los otros no sabemos respirar.

### Pausa

Suena una risa con luna, la mía, disimulo del miedo que siento por el ausente: del miedo que él tal vez no sienta, y que me invade en menoscabo de la serenidad de mi contemplación y atención de la hermosura de esta noche, dentro de la cual, hasta los naranjos son árboles del Paraíso, que reparten sus semblantes plateados entre albercas y plenilunios.

Prosas líricas y aforismos

45

### Pausa

Cayendo, no sé por dónde, entre nosotros el ido ladrón, con un busto muy desarrollado de frutos más dulces que senos, se interrumpe su ausencia provisora y

nuestra infecunda espera en vilo.

### Sin Pausa

Resplandece la aurora transitoria de un tiro: una plomada de perdigones nos busca al silbo, queriendo lastrear nuestra carne como si fuera red de pescador o margen de vestido de mujer.

Y huimos a la desbandada, atropellando en cantos de la noche, desayuntando luces amorosas — ipobres luciérnagas!—, haciendo huir de nuestra huída ligerezas lujosas, lagartijas, ranas con sus elásticas de lunares, grillos, paces, aires al contrario.

### Pausa

Ya en mi callejón con mi huerto, después de caricaturizar el susto pasado con risas presentes, todos nos



sentamos en rolde, budas, a devorar los aguacates. Las manos del que los cogiera, levanta párpados de faldones y se derrumba un huevar de yemas de las ramas.

Anteponiendo al goce de saborearlos, el ansia de comer mayor cantidad cada uno —aunque todos lo llamamos—, alargamos la mano avariciosa a los frutos, que se van quedando en los puros huesos, bellos como bombones de chocolate, que yo me comería también.

Cada mano, guiada por el ojo lazarillo, procura dar con los mejores para acabar mordiendo hasta los verdes

46

Miguel Hernández

—indicios mudos de la no revisión hecha por la prisa del miedo del que los cogió—, cada boca.

### Pausa de un alba

No nos ha castigado más justicia que la de los mismos aguacates doliéndonos tras el ombligo...

[https://books.google.com.mx/books?id=3V7NIHankcQC&pg=PA43&lpg=PA43&dq="aceptado+la+proposición+de+robo+hecha+por"](https://books.google.com.mx/books?id=3V7NIHankcQC&pg=PA43&lpg=PA43&dq=) (pp. 43-46; los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org).

## (12) GAFAS PARA LAS ESTATUAS

**El chiflado inventor decía haber logrado** unas gafas para que las estatuas pudiesen ver.

— Las estatuas — decía como explicación de aquellas gafas violeta — tienen la facultad de ver lo retrospectivo y lo presente, pero esa vista inmortal no pueden ejercerla porque no tienen las gafas apropiadas, las gafas que yo he inventado.

— Muy bien — le dije al inventor —; pero, ¿cómo se podrá saber que ven al fin, si son mudas de solemnidad?

El inventor se quedó cortado, pero rehaciéndose repuso:

— ¡Ah! Ellas solas podrán saberlo, pero ya verá usted cómo se iluminarán sus rostros como los de aquellos que recobran la vista de pronto.

RAMON GÓMEZ DE LA SERNA  
en *Lectura en voz alta*

[https://books.google.com.mx/books?id=JRup3Qod6HQC&pg=PA37&lpg=PA37&dq="El+chiflado+inventor+decía+haber+logrado"](https://books.google.com.mx/books?id=JRup3Qod6HQC&pg=PA37&lpg=PA37&dq=) (los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org).



## **(50) GOLPECITOS CON LOS DEDOS**

**Acostumbraba dar golpecitos que los que estaban** a su alrededor no sabían de dónde venían.

Su mujer se inquietaba muchas veces.

—¿Has oído un ruido extraño?

Él sonreía y acababa por confesar que era él.

Se podría decir que era su verdadera especialidad, lo que le caracterizaba en la vida.

Pero esa especialidad le fue a perder en una ocasión.

Fue durante la guerra. El contraespionaje había llegado a la máxima sutilidad auditiva.

Era tan inteligente el servicio secreto que había el terror de que se pasase de inteligente.

El de los golpecitos nerviosos con los dedos fue llamado a la oficina policial.

Una especie de consejo de guerra le aguardaba hostil.

— Usted transmite por medio de Morse despachos convenidos con el enemigo.

— ¿Yo? — preguntó asombrado el hombre pacífico.

— Sí, usted — insistió el presidente —; nuestros contraespías le han oído desde la pared medianera de su casa y han podido anotar el siguiente despacho lanzado con el golpe de sus señales: “Barco cargado pirita saldrá mañana. ”

— No es posible. . . Eso ha sido amañado por sus sabuesos. . . Es verdad que tengo la costumbre de dar golpecitos con los dedos sobre el brazo de la silla o sobre la tabla de la mesa, pero no puedo creer que hayan tenido congruencia mis golpes hasta formar ese texto. . . Allanen mi casa para ver si yo tengo aparato de transmisión ni nada que se le parezca.

Pero como todos los *in fraganti* niegan así, fue sometido a varias pruebas en los laboratorios, y sólo después de largas y penosas dilucidaciones quedó libre el hombre al que la casualidad y los golpecitos de sobremesa habían comprometido.

— Me alegro — decía después su mujer — . Así perderás esa maldita costumbre que puebla de duendes nuestras veladas.

[https://books.google.com.mx/books?id=JRup3Qod6HQC&pg=PA280&lpg=PA280&dq="Acostumbraba+dar+golpecitos+que+los+que+estaban"](https://books.google.com.mx/books?id=JRup3Qod6HQC&pg=PA280&lpg=PA280&dq=) (los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org).

*Contrato editorial.* Ramón Gómez de la Serna..... 167

<http://tallerjoseeustasiorivera.blogspot.mx/2010/11/ejercicio-de-gramatica-ortografia-y.html>

*En una escuela de Tabasco.* Carlos Pellicer ..... 167

[http://conevyt.org.mx/colaboracion/colabora/objetivos/libros\\_pdf/mes3\\_u6lecc2.pdf](http://conevyt.org.mx/colaboracion/colabora/objetivos/libros_pdf/mes3_u6lecc2.pdf) (p. 9).



## EL ACUARIO

Pisamos el umbral del acuario. Alrededor de un gran patio con luz cenital corre una ancha galería abovedada, sumida en un coloreado resplandor crepuscular. La galería recibe su luz a través de las grandes lunas del acuario, tras las cuales se desarrolla la ardorosa vida del océano Atlántico.

A nuestra vista se abre un banco de coral, semejante a una caverna de estalactitas de un amarillo de azufre. Cientos de singulares pececillos voltejean bajo la protección de las amarillas flores, que abrasan como ortigas.

Al lado vemos encenderse las esponjas en jugosos colores. Anchuras macollas azul oscuro, color ladrillo, amarillo azufre, al lado de las cuales se aprietan otras más delicadas, blancas y negras.

Después siguen las anémonas y las rosas de mar, como vigorosas palmas con abanicos de reflejos verdes y rojos, sobre los cuales, con suave ritmo, se mueven las medusas, las silenciosas campanas del mar.

Allí al lado vemos las blancas, grises y negras holoturias; las trepang de los chinos, en parte perezosamente acampanadas sobre la arena, en parte encaramándose por las paredes de vidrio con sus

piececitos ambulacrales, llevando ante sí una decorativa cornamenta de ciervo. En medio de ellas, estrellameres bellamente formadas, sobre las que reina el regio pulpo, como creen los negros.

Una exclamación de asombro ahora. Éstos son los equinos del trópico. Bolas color naranja y púrpura, armadas de púas, con resplandecientes filas de botones azules, se agitan como ratoncillos sobre la firme arena. Peligrosos compadres rojos, armados con millares de largas púas, se acercan lentamente, llevando en cada una de ellas, la punta de lanza empapada en veneno. Grandes erizos, con manchas negras y blancas, se hallan en cada rincón y mueven sus púas siguiendo cada sombra. En su bosque de agujas viven unos pececillos, listados de blanco y negro, que hábilmente entran y salen entre ellas.

Velozmente se lanzan sobre la arena decorativas estrellas, golpeando el suelo con cinco brazos semejantes a sierpes. Otras, remando con aletas a manera de hojas, nadan libremente de piedra en piedra. De nuevo otras, punteadas de color rubí y verde de hierba, extienden a lo lejos sus largos y sutiles brazos, y girando con sua-



ves meneos se proporcionan pequeñas presas animales, que después son llevadas a la boca, en relampagueante zigzag, por dos filas de ambulacros. Otras se columpian, como flores, sobre altos tallos. Otras se han confiado a grandes medusas para sus dilatados viajes, firmemente clavadas a las movedizas cintas de ese viajero del mar, jamás fatigado. Pero todas son capaces, en caso de ataque enemigo, de lanzar su temible brazo y librarse de su perseguidor.

*Los moluscos.* Quien sólo conoce las ostras, apenas sabrá orientarse aquí. Donacas gigantes, de un gris de plata, con su doble concha, clavan su agudo vértice en la arena. En su interior da vueltas un diminuto cangrejo, para quien el mundo está encerrado en esta concha. En el suelo brincan, alzándose sobre su córneo espolón, unos oscuros personajes que extienden su fuerte concha como las alas de un escarabajo. Engañada por el rayo del sol, la ostra jacobea, tan bellamente extraída, el peine de Santiago, comienza su pesada huida, con cien ojos que centellean a la luz del sol. Por enmedio flotan de un lado a otro las mariposas de mar, graciosas y de alegres colores. Igual a un trasatlántico, la carinaria mueve su hélice y timonea rápida y segura a través del agua. Pero sus costados son transparentes como cristal y descubren a nuestras mira-

das la maravillosa maquinaria. A lo largo de las paredes se arrastran lentamente limácidos de magníficos colores, envueltos algunos de ellos en preciosos mantos de encaje. La liebre marina azul oscuro, que parece aguzar sus orejas permanentemente, ya se arrastra despacio, ya se confía a su ancha hélice, con la cual divide resueltamente el agua. Cuando al caer la tarde se hace oscuro, surge aquí y allí un verdoso resplandor de las resquebrajadas rocas. Es el molusco de forma de dátil, taladrador de rocas, que con su secreción luminosa atrae a miles de pequeñas existencias a su cueva de perdición.

*De nuevo otro cuadro: los gusanos.* Un bosque de palmas, cuyos troncos consisten en ásperas canas, en las cuales, si se acerca un peligro, se recoge con la rapidez del rayo el esbelto abanico rojo amarillento. Por el lindero del bosque se mueve pesadamente algo que semeja una hoja seca. Ahora cae en el agua un rayo de sol, y el insignificante gusano lanza todos los colores del iris de cien brillantes cerdas. Muévense por el agua, serpenteando y centelleando, trirremes rojos, esbeltos y forrados de blanco, cuyos fuertesremos favorecen los movimientos del cuerpo. Por enmedio se precipitan, con velocidad de flechas, lisos nemertinos, semejantes a negros piratas, que esconden en su vaina un poderoso estoque. En



cuevas y grietas de las peñas hay por todas partes bandidos voraces, que se precipitan con la celeridad del rayo sobre las presas y con la misma rapidez vuelven a desaparecer con ella. Y dondequiera que se pose la vista, descubre decorativos cordones, azules, de rojo coral o salpicados de colores, que convierten la yerma roca en una plaza de fiestas encintada de colorines.

*El pueblo de los crustáceos.* Caballeros y escuderos, todos con pesadas armaduras, calzados y con espuelas, con tenazas, picos y lanzas, armados defensiva y ofensivamente, pardos, grises y blancos. El ancho y chato cangrejo huye precipitadamente de lado, revolviendo los saltones ojos, cuando la gigantesca araña de mar avanza zaqueando lentamente con sus largas patas. Los macruros, que nadan tranquilamente hacia delante, impulsados por el golpe de las dilatadas aletas, situadas bajo la cola, tendida en línea recta, se lanzan hacia atrás con rapidez de un rayo tan pronto como la propia poderosa cola se levanta para golpear. Semejantes a gigantes abejas, los escilaros, amarillo oscuro, nadan en veloz huida. Innumerables cangrejos ermitaños se arrastran en confusión, llevando fielmente consigo su casa de caracol, de la cual pende, como haciendo señales, una verde rosa de mar. Sus agudas ortigas pro-

tegen al cangrejo más eficazmente que la casa del caracol.

*Los peces.* Primero tiene que acostumbrarse la vista al hervidero de todas esas cintas que pasan veloces y centelleantes. Poco a poco se reconocen los astutos ojos y las anchas bocas de los rápidos ostracios. Figuras singulares llaman nuestra atención: largas anguilas con pico apuntado; los pequeños y manchados peces-cofres, encerrados en sólidas corazas, adornadas con cuernos de vaca; el adornado diodón, que puede inflarse como una bola y después parece un erizo o un equino.

En el suelo yace tranquila, semejante a un ancho y oscuro arrecife, la funesta pescadora. Su largo aguijón dorsal, del cual flota una cintita plateada, traza lentos círculos en el agua. La cinta de plata imita falazmente un inofensivo pececillo, al cual cazarían gustosos pequeños peces de presa. Pero apenas lo han atrapado cuando desaparece el anzuelo, y un remolino de agua los arrastra hacia una boca de caverna que de repente se ha abierto en lo profundo. Medio oculto en la arena se halla el espantoso diablo marino tropical, cuyo atemorizador semblante revela que sus aletas de aguijones ocultan un veneno mortal. Si un pescador descalzo pisa a este monstruo, está perdido sin remedio.

En el estanque inmediato, las murenas, de manchas amarillas y



pardas, serpentean, en torno a viejos pucheros y cántaros, de los cuales asoma el más osado rostro de bandolero que ha criado la Naturaleza. Allí al lado duermen en bandadas, hasta que la noche los despierta, los perros de caza del mar, los pequeños tiburones, grises y pardos. No los guía la vista, sino el olfato. La luz del día hasta les es importuna.

El papel de rey de los monos en el jardín zoológico lo representa en el acuario del estanque de los octópodos. Ningún animal acuático es comparable al pulpo en poder expresivo, en fuerza y elegancia. Primeramente hay que acostumbrarse al en un principio repulsivo mozo, que se compone de un gran saco, una pequeña cabeza y ocho poderosos brazos serpentinos. Mas quien examina con atención los grandes ojos y observa el inquieto juego de la piel, permanentemente ocupada en cambios de colores y pliegues; quien sigue los serpenteantes movimientos de los brazos, tan movibles como fuetes, que con sus ventosas pueden agarrar mejor que nosotros con nuestros dedos. aprende poco a poco a respetar al rey de los mares. Sólo el tiburón es superior a él, porque en su áspera piel no hacen presa los acetábulos. Aquí y allí, respirando lentamente, penden del muro de rocas los poderosos sacos, por encima de los cuales unos negros ojos miran alrededor llenos de vida. Los

brazos están firmemente anclados a la roca. Ahora surge un pardo reflejo sobre la piel del uno, sus movimientos respiratorios se hacen más fuertes y palpitantes; suéltanse los brazos, y el gigante, con el extremo posterior hacia delante, impulsado por los golpes de bomba de su respiración, nada tranquilamente a través del agua, arrastrando tras sí los brazos como un timón ondeante. El octópodo no se mantiene apático e indiferente ante los objetos de su contorno; todo lo que llega a ponerse a su alcance le interesa y conmueve; para todo tiene respuesta, mediante decoloración o arrugamiento de la piel, por movimiento de los brazos o un respirar más rápido. Por eso el observarlo es el pasatiempo más atractivo e instructivo. Su parienta la jaiba tiene que ser acomodada en un acuario especial, porque la tinta negra, viscosa, que arroja al amenazarle un peligro, para ocultarse en ella, priva de aliento a todos los demás animales.

Ahora nos acercamos al último acuario, que no parece contener más que arena. Para animar la monotonía, en una meseta de una peña se halla un grupo de tunicados. Dignamente envueltos en los pliegues de la blanca toga, álzanse allí como ermitaños que se han aislado del mundo exterior. Dejan que el agua pase a su través, y criban de ella su mezquino alimento. En otro tiempo, en su



juventud, se movían raudos por el agua como pececillos; poseían un orgulloso sistema nervioso central y buenos órganos de los sentidos. Ahora han renunciado a toda vana fruslería, y permanecen allí sin movimiento. Sólo si se los toca desprenden de sí un zumo ácido. Pero también la arena, bajo ellos, oculta plena vida. Mirando más de cerca, se descubren los brillantes ojos de los lenguados, cuya piel color arena queda totalmente escondida. Acechan así a su presa. En primer término vemos una porción de pequeños canales que desembocan en la arena y descienden verticales como chimeneas. Y justamente allí aparece también la escoba del limpiachimeneas, limpiando y perfeccionando la cueva. Si metemos la mano en la arena para conocer al poseedor de la escoba en miniatura, extraemos una liebre de mar, oviforme, blanca o purpúrea, totalmente cubierta de delicadas cerdas, que sirven como paletas para arena. Apenas hemos depositado al animalito en tierra, cuando comienza a ondular el bosque de cerdas como un campo de trigo. Ola tras ola corre de abajo arriba a lo largo del animal, amontonando alrededor la arena, y en corto plazo el ratoncillo ha desaparecido de nuestra vista. Volvemos a meter la mano en la arena, y extraemos un cigarro amarillo claro que permanece tranquilamente tendido en ella. Pero al cabo de algún tiempo, de uno de

los extremos del cigarro surge una trompa que con cien azadas agarrará la arena, y el cigarro se transforma ahora en la más encantadora máquina hidráulica. La trompa entra y sale, taladrando la arena cada vez más profundamente, hasta que también este extraño topo desaparece por completo.

Acaso sea dado en algún tiempo al acuario hospedar a los animales de las últimas profundidades y arrancarlos de la oscuridad y el silencio a la movidiza luz del día. Los peces de gigantescos ojos saltones que aun son capaces de aspirar vestigios de luz allí donde le es negado hacerlo a la placa fotográfica. Los estomias, con luminosas filas de botones por el costado, que se envuelven a sí mismos en una niebla de un resplandor verdoso. Todos los peces y crustáceos con largas cintas ondulantes, no movidas por ninguna corriente, sino sólo por el lento avance del propio cuerpo. Hasta el esqueleto de un galguillo italiano es más corpóreo y resistente que los grandes fantasmas de crustáceos, indefensos, semejantes a arañas. Sin embargo, este acuario es todavía música del porvenir.

Nos acercamos ahora, en el patio central, al gran estanque abierto que alberga a los habitantes del mar abierto. Aquí van de un lado a otro, como una bandada de pájaros blancos, los tiernos calamares del mar libre. Dando a la bomba lentamente, se mueve la cam-



pana de la medusa regia. Tiene que transportar el largo intestino musculoso, del cual penden en grupos de diez suertes de diversos órganos personales, que forman como abigarradas flores, frutas y hojas. Cada persona lleva una vida independiente; sólo las une el común aparato digestivo. Esta libre asociación delicada, dotada de suaves reflejos, de variados colores y formas, va de un lado a otro moviéndose dulcemente por las azules olas. Allí vemos un rebaño de ctenóforos, con policromos cambiantes, cálices de cristal de Bo-

hemia, movidos por filas de diminutos, centelleantes remos. De ellos pende un trémulo compás que señala el centro de la Tierra. Y allí asoma de las ondas el más bello animal de toda la creación—casi sin cuerpo, sólo un arcoiris que se mueve suavemente—: el cinturón de Venus. Si cae la noche, encienden su lámpara propia muchos de los animales del mar, y las salpas de fuego danzan, como una cadena de flores luminosas, sus bailes de hadas.

JAKOB VON UEXKÜLL.



**Combatíamos en el gran galpón cerrado** con bellotas de encina. Nadie que no lo haya recibido sabe lo que duele un bellotazo.

Antes de llegar al liceo, que estaba cerca del río, nos llenábamos los bolsillos de armamentos. Yo tenía escasa capacidad, ninguna fuerza y poca astucia. Siempre llevaba la peor parte. Mientras me entretenía observando la maravillosa bellota, verde y pulida, con su caperuza rugosa y gris, mientras trataba torpemente de fabricarme con ella una de esas pipas que me arrebataban, ya me había caído un diluvio de bellotazos en la cabeza. Cuando estaba en el segundo año se me ocurrió llevar un sombrero impermeable de color verde vivo. Este sombrero pertenecía a mi padre, como su manta de castilla, sus faroles de señales verdes y rojos, que estaban cargados de fascinación para mí y apenas podía los sacaba al colegio para pavonearme con ellos...

Esta vez llovía implacablemente y nada más formidable que el sombrero de hule verde que parecía un loro. Apenas llegué al galpón en que corrían como locos trescientos forajidos, mi sombrero voló como un loro. Yo lo perseguía y cuando ya lo iba a cazar volaba de nuevo entre los aullidos más ensordecedores que escuché jamás... Nunca lo volví a ver.

Mi poesía me fue defendiendo poco a poco. En el liceo hacía un frío polar. Hace cuarenta años yo tiritaba como deben tiritar ahora los chicos en el nuevo liceo de Temuco. Han hecho un gran edificio, moderno, con grandes ventanas pero sin calefacción. Así son las cosas por allá en la frontera... En mi tiempo había que hacerse hombres. Las ocasiones no nos faltaban. Las casas del sur

INFANCIA Y POESÍA

eran destartaladas, apresuradamente hechas de madera recién cortada y techos de zinc. Las grandes lluvias eternas eran la música en el techo. A veces, en la mañana, la casa del frente se despertaba sin techo. El viento se lo había llevado a 200 metros de distancia. Las calles eran grandes ríos de barro. Las carretas se empantanaban. Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, con frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los



llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se llevaban las poblaciones donde vivía la gente más pobre, junto al río. También la tierra se sacudía, temblores. Otras veces en la cordillera asomaba un penacho de luz terrible: el volcán Llaima despertaba. Pero lo peor eran los incendios. En el año de 1906 o 1907, no recuerdo bien, fue el gran incendio de Temuco. Las casas ardían como cajitas de fósforos. Se quemaron veintidós manzanas. No quedó nada, pero si los sureños saben hacer algo de prisa, son las casas. No las hacen bien, pero las hacen. Cada sureño tiene tres o cuatro incendios totales en su vida. Tal vez el recuerdo más remoto de mi propia persona es verme sentado sobre unas mantas frente a nuestra casa que ardía por segunda o tercera vez.

Pero los aserradores cantaban. Se acumulaba la madera en las estaciones y de nuevo se olía a madera fresca en los pueblos. Por allá quedan aún versos míos escritos en las paredes. Me tentaban porque las tablas eran lisas como el papel, con venas misteriosas.

Desde entonces la madera ha sido para mí, no una obsesión, porque no conozco las obsesiones, sino un elemento natural de mi vida.

...Ay, de cuanto conozco  
y reconozco  
entre todas las cosas

15

P A B L O N E R U D A

es la madera  
mi mejor amiga,  
yo llevo por el mundo  
en mi cuerpo, en mi ropa  
aroma  
de aserradero,  
olor de tabla roja,  
mi pecho, mis sentidos



se impregnaron  
en mi infancia  
de árboles que caían  
de grandes bosques llenos  
de construcción futura  
yo sentí cuando azota  
el gigantesco alerce  
el laurel alto de cuarenta metros...

[https://books.google.com.mx/books?id=FtIr3XtlHY0C&pg=RA1-PA14&lpg=RA1-PA14&dq="](https://books.google.com.mx/books?id=FtIr3XtlHY0C&pg=RA1-PA14&lpg=RA1-PA14&dq=)Combatíamos+en+el+gran+galpón+cerrado" (Comienza en: Combatíamos en el gran galpón cerrado; y Termina en: no conozco las obsesiones, sino un elemento natural de mi vida; los nexos de Google Books no se salvan correctamente en el archive.org). [Otra Nota: El fragmento del poema de Neruda al final Arreola no lo incluye en su "Lectura en Voz Alta", pero yo lo he dejado para mostrar el proceso de composición, en este caso, inspirado por eventos de la infancia].

*El cohete.* Manuel Gutiérrez Nájera ..... 178

<http://pacoelchato.com/cqs/pri.php?id=3719> (el Segundo poema).